

**GUSTAVO GARZÓN,
Vivo en medio de
tantos muertos,**

Quito, Casa de la Cultura
Ecuatoriana, 2010, 79 pp.

Gustavo Garzón Guzmán, entrañable amigo y lúcido escritor, nunca se ha ido. Una prueba es el libro de cuentos *Vivo en medio de tantos muertos*, que lo he leído y editado.

Es un libro intenso, de amores difíciles sobre el asfalto de la ciudad.

Gustavo fue un narrador urbano que supo recrear con sensibilidad y talento los vericuetos de Quito, de su Quito: sus calles largas y estrechas, su barrio San Juan, de casas blancas y misteriosas, los parques, plazas y templos añejos. Y en medio de esta ciudad laberíntica, a ratos asfixiante y cruel, Gustavo dio vida a sus criaturas: burócratas robotizados que ni siquiera pueden ofrecer una sonrisa a una compañera porque enseguida viene el castigo implacable de la autoridad. “Cotidiana oscuridad” se titula este cuento, escrito en tercera persona, de atmósfera densa. El escenario: un edificio resplandeciente donde reír es un delito. El superministerio, una metáfora del poder que no admite errores, los suprime, es una caja futurista dotada de máquinas sofisticadas, gélido. Los hombres y mujeres solo viven para el tedioso trabajo, hasta que una sonrisa rompe el silencio y la humanidad despierta. Este es uno de los textos más logrados por su concisión y poesía.

“Interrupciones 2” sorprende por la economía de sus palabras. Simbólico y profético, un dinosaurio se esconde en el palacio, mientras seis audaces guerrilleros intentan tomarlo por asalto. Ima-

gino a Gustavo tecleando en su pequeña máquina Olivetti, forjando a un dinosaurio ciego de poder.

Gustavo amó la música. Por ello, en “La cortina” hace un homenaje a Madonna, la chica material de los años ochenta; en este monólogo, el personaje flirtea con el pop y el rock, género que tanto quiso, en especial al grupo inglés Pink Floyd, experimental y demoledor.

En “Segundo canto a MW*”, el narrador provoca un juego entre Gus, un muñequito inquieto como una mosca, y Gustavo, escritor que se desacraliza y se vuelve coloquial.

En “Es hora, dijo la mosca”, los ecos de la ciudad se repiten como un coro oculto, aquí también los absurdos días de oficina encierran al personaje.

El amor fue otro tema recurrente en la narrativa de Gustavo Garzón. Ya lo trató en *Brutal como el rasgar de un fóforo*, su primer libro, magnífico y extraño, de ágil escritura. Editado en 1991 no fue distribuido por el Municipio de Quito, en sus ediciones populares Evaristo, por lo cual merecería una segunda edición.

En “Vivo en medio de tantos muertos”, cuento que da título al libro, el adiós es inevitable al igual que el desencuentro de las parejas. El autor no baja la guardia y en “La hipocresía de los claveles” evoca a Borges, Sabato, Cortázar, Whitman, sus autores favoritos. No podía faltar la voz de Serrat para convocar a la ternura.

El narrador revive las tardes que pasó en el cuerpo de la amada, habla de sus libros, de la sensualidad y el riesgo del encuentro furtivo, hasta que al final el amor imposible gana la partida.

En “Susana a las ocho y treinta y dos” otra vez vuelve al amor frágil, un texto bello, signado por la melancolía.

“Tu rostro en la multitud” es un monólogo de amor en un Quito bajo la lluvia. Leonor, la amada, es un vértigo, un vacío, un fantasma que aparece en cualquier esquina.

Lo admito. Me faltan palabras para describir el alma grande de Gustavo Garzón. Lo recuerdo y sueño con un libro profundo, con sus infaltables cigarrillos Lark, con su ron Caney en sabrosas tertulias y reuniones de taller en mi casona de La Tola o en los locales de la Casa de la Cultura Ecuatoriana, o en su dormitorio de San Juan desde el cual se veía a Quito como un aquelarre de libélulas. Fue uno de nuestros compañeros más disciplinados a la hora de escribir, obstinado, perseverante, forjando personajes inolvidables y ambientes bien contruidos.

Amaba a su familia, a sus hermanos, a su madre, doña Clorinda, valiente y tierna; a sus amigos de aquellos años felices y duros, de fatigas literarias y vicisitudes que nunca serán olvido. Lo evoco con sus chalecos de lana y sus camisas de manga corta, pequeño e inquieto, expresando que la literatura será nuestro destino, siempre llevaba el látigo exigente de Truman Capote y la pasión que nos inculcó el maestro, Miguel Donoso Pareja.

Una noche lo soñé. Sonriendo me decía: Byron, búscame en un bosque de Calacalí. Ahí estoy. O está él, allá o aquí, siempre vivo en medio de tantos muertos.

BYRON RODRÍGUEZ VÁSQUEZ,
EDITOR DE CRÓNICAS DE DIARIO
EL COMERCIO DE QUITO

MARIO VARGAS LLOSA,
El sueño del celta,
Santillana, Lima, 2010, 454 pp.

—Nada es blanco y negro, querido
—comentó Alice—. Ni siquiera en una
causa tan justa. También aquí aparecen
esos grises turbios que todo lo nublan.
Roger asintió. Lo que su amiga acababa
de decir se aplicaba a él.

El sueño del celta

En *El sueño del celta* (2010), la novela más reciente del peruano Mario Vargas Llosa (Arequipa, 1936), el flamante Premio Nobel de Literatura 2010 incursiona nuevamente en varios de los temas que más le han obsesionado a lo largo de su carrera literaria, desde que se diera a conocer en la década del sesenta con *La ciudad y los perros* (1963): el buceo en los abismos de personalidades sumamente controvertidas cuyas vidas transcurren siempre en situaciones límites y en trágico conflicto con el Poder.

A partir de *La guerra del fin del mundo* (1981), no pocos de estos caracteres han sido sacados de los resquicios de la Historia para demostrar cómo este metarrelato no era el constructo “objetivo” que se creía, sino un discurso premeditado por medio del cual tales entes eran transformados en entelequias, figuras de mármol o bronce cuya real dimensión individual quedaba anulada bajo la socorrida pátina del prócer “intachable” y “heroico”, aunque este en realidad hubiese sido la negación de semejante virtuosismo, como ocurrió, por citar solo un ejemplo, con el dictador dominicano Rafael Leónidas Trujillo, tenebroso espécimen del “ancien régime dictatorial” de América Latina, llevado a la ficción de manera memorable precisa-